

Cristián Gazmuri R.

La historiografía chilena (1842-1970). Tomo II.

Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. Taurus, Santiago, 2009, 481 páginas. ISBN 978-956-239-628-8.

Valiosa e interesante es la obra de Gazmuri, que representa un gran esfuerzo de recopilación de información y de registro de publicaciones de toda índole relativas a nuestro pasado.

El autor reconoce que no ha podido leer todos los trabajos mencionados y es natural que no podía ser de otro modo. La colaboración de ayudantes, tesisistas y buscadores de datos era imprescindible, pero de allí nacieron defectos que empañan un tanto el resultado.

Cuanta persona escribió algo sobre el pasado chileno está incluida en las 528 páginas del volumen que comentamos, surgiendo una duda de mucho peso. ¿Era necesario colacionar a “escribidores” de ningún relieve, que se refirieron a hechos o personajes absolutamente subalternos? Si se deseaba hacer un registro completo, estaría justificado, pero no si el propósito ha sido captar las grandes líneas del quehacer historiográfico.

Pensamos que habría sido un aporte más significativo reducirse a quince o veinte autores y haber señalado las líneas fundamentales del pensamiento y el método historiográfico. Gazmuri está perfectamente dotado para una tarea de esa índole. También habría que distinguir los aportes historiográficos, de los que son sencillamente fuentes coetáneas, como es el caso de Carlos Sáez y sus *Recuerdos de un soldado* y muchas otras memorias personales, como las de Juan Pablo Bennet, Alfredo Guillermo Bravo y tantos otros.

Una obra de tan vastas proporciones no podía estar exenta de errores y equivocaciones. En la página 376 figura Julio Subercaseaux (Barros), político contrario al gobierno de Pinochet y fundador, junto al que suscribe, del “Grupo de los 24”, a quien se atribuye *Reminiscencias*. En verdad se trata de Julio Subercaseaux Browne, banquero, político y vividor de gran estilo de fines del XIX y comienzos del XX. Era fácil darse cuenta de que era un personaje de más de un siglo atrás.

También aparece con cierta frecuencia un desequilibrio en el realce dado a unas obras en comparación con otras. En la página 380 se menciona sin comentario ninguno las *Memorias de una mujer irreverente* de Marta Vergara, que son de gran interés y agudeza, en cambio, se destina una página a recordar a Teresa Wilms Montt, inteligente y bellísima, cuyas memorias, tituladas *Lo que no se ha dicho*, son de interés menor o igual en el mejor de los casos. Es indudable que influyeron los escándalos de su vida y los trajines en la bohemia literaria.

La consideración sobre algunos personajes y el carácter de sus escritos también adolece de algunos equívocos. Carlos Urrutia es calificado como notable historiador, en circunstancias que sus obras, sin carecer de mérito, se inscriben más bien en perspectivas modestas. *La Historia constitucional de Chile* de Julio Heise es mencionada sin hacer ningún reparo al virtual plagio de la obra de José María Ots Capdequi relativa a la propiedad rural en América. Tampoco se toma en cuenta que en algunos acápites sigue de cerca a Encina.

En lo personal debo hacer una aclaración. Se alude a una “gran amistad” de Heise con Sergio Villalobos, cuando en verdad hubo una enemistad subterránea e insubsanable debido a diferencias de carácter y por ser yo profesor paralelo y mucho menor de edad. Heise era un excelente conocedor de la historia republicana, en lo político institucional, pero sus clases tenían un carácter ligero y desaprensivo, que sus mismos alumnos criticaban.

El tratamiento dado por Gazmuri a la obra de los diversos historiadores suele ser acertado, pero resulta sorpresiva la inclusión de comentarios sobre la manera de ser y la psicología de algunos de ellos, opiniones muy personales que no ayudan en absoluto a comprender sus trabajos historiográficos. Es el caso de las referencias a Mario Góngora y Cristián Guerrero Yoacham.

En lo que atañe a mis obras, un tema que hubiese preferido no tocar, hay apreciaciones que no debo dejar pasar. Se mencionan, en primer lugar, publicaciones que no tienen ningún peso, como *Medina. Su vida y sus obras*, que fue un pequeño librito de difusión, editado en 1952, cuando era un estudiante de segundo año en el Instituto Pedagógico. Tampoco merecen relieve *Los comienzos de la historiografía de la economía de Chile* ni *La época de Balmaceda*, que no pasa de ser un artículo en una publicación colectiva. Creo que también exagera un poco al calificar *Comercio y contrabando en el Río de la Plata y Chile*, publicado por EUDEBA en 1965, como otro de los grandes libros, aunque es un mérito que llevase dieciséis ediciones en la última información que tuve años atrás.

En cambio, Gazmuri menciona solo de paso *Para una meditación de la conquista*, que es un ensayo interpretativo basado en un conocimiento exhaustivo de las fuentes y que al menos tendría el mérito de haber sido escrito en una prosa amable. Sus reediciones también son numerosas.

Una mejor consideración estimo que merece *Origen y ascenso de la burguesía chilena* que, no obstante su carácter de ensayo, se basa en un conocimiento general de las fuentes de la época y la bibliografía, y que a juzgar por las reediciones y los comentarios favorables que he recibido de los historiadores, merecía una apreciación más detenida. Gazmuri se limita a plantear si la oligarquía criolla era realmente burguesa a fines del siglo XIX o todavía tenía una actitud señorial diferente a la burguesa.

Naturalmente que el tema es discutible, pero a mi juicio hace bastante peso que no obstante la posesión agrícola y su modo de vida, el peso de los negocios comerciales, mineros, industriales y bancarios, habían creado una nueva realidad. Y a ello debe agregarse el retroceso del conservantismo y el desarrollo del liberalismo, que domina la escena política. Agreguemos todavía el gran estilo, a imitación del europeo, que transforma la mentalidad y las costumbres. Así se ve en los viajes, el lenguaje, las fiestas, los carruajes y los palacetes.

Pensemos en Urmeneta, Ossa, Cousiño, Edwards, los Gallo y el vasto conjunto de los extranjeros y sus descendientes.

La familia Subercaseaux vivió más de quince años en París, tuvo departamentos fastuosos, palco en la ópera y carruajes de lujo. Brindaba fiestas elegantes, recorrió los centros y balnearios de mayor categoría y construyó mansiones de gran clase en Santiago. Uno de ellos, Francisco, se negó a revalidar un título de nobleza de sus antepasados. Prefería ser un buen burgués del salitre y la banca.

Por lo demás, debe tenerse en cuenta que la burguesía europea conservó o adquirió rasgos señoriales. En Francia tuvieron *chateaux* y uno de los Rothschild se complacía con su vino Mouton Rothschild.

Tampoco puedo estar de acuerdo con la mención displicente de la *Historia de los chilenos*, que pese a ser una obra de difusión, encierra globalmente la historia del país a través de una visión múltiple de los grandes procesos. En ella se encuentran aspectos incorporados recientemente al estudio del pasado, como pueden ser las representaciones, el género femenino, las costumbres y la vida corriente. En una pequeña historia general no

es fácil acomodar esos aspectos, porque su importancia es relativa y siempre gravitan de manera determinante las variaciones de las grandes estructuras. Es mucho más importante la exportación del salitre que la costumbre de tomar *vermouth*, el surgimiento de la clase media que las conversaciones en los palcos del Teatro Municipal, la incorporación de los territorios del norte que el papel entre lo pintoresco y heroico de las cantineras.

Debo agregar, por otra parte, que la obra, aunque reducida, incorpora todos los avances de la investigación, quedando “al día”, como suele decirse. Contiene, además, puntos de vista o interpretaciones que difieren de las tradicionales o que nunca se habían planteado. Así, por ejemplo, me parece que en la época colonial hay capítulos novedosos o completamente nuevos: Transformaciones de la economía autóctona, Concepción del territorio, Comienzos de un sector medio, El *ethos* y el *pathos*, El hombre y la Región Central, Norte Chico y Norte Grande, Ideas y pugnas económicas, Conformismo y rebeldía oculta, y Ablandamiento del lenguaje. En los comienzos de la república aparecen temas como Avance irregular de la agricultura, Gestión empresarial, Ordenamiento del trabajo, Universalismo y nacionalismo, El papel de la mujer, Ordenamiento de la sociedad, etc.

En el tomo III se encuentran Persistencia y cambios en la ética social, Ilusiones, aventuras y maldades, El mundo de los mineros, etc.

Agreguemos que en el tomo IV, Alessandri aparece estimulando el golpe militar antes de 1924.

Es indudable que en esos temas no todo es novedoso, pero interesa que la elaboración conduce a interpretaciones originales.

Refiriéndose a la *Historia del pueblo chileno*, afirma Gazmuri que es una historia al estilo de Barros Arana y Encina, en lo que hay una enormidad demasiado sorprendente. En el estudio que precede a esa *Historia*, señalé la diferente concepción histórica y metodológica, aunque parece que no he logrado convencer. A diferencia de aquellos historiadores de renombre, mi propósito fue no hacer una historia por gobiernos, sino atender al movimiento histórico en todos sus aspectos: económico, social, cultural y político, de modo que nadie va a encontrar la crónica de la administración de Ribera, Baides o Meneses. Las líneas de los grandes procesos forman la organicidad. Quise evitar la “historia de casilleros”, en que a la descripción continua de los gobiernos se agregan cada cierto tiempo cuadros sobre la sociedad, la cultura y otros temas, que quedan en posición marginal.

Al enfocar dicha obra y la *Historia de Chile* de Gonzalo Vial, Gazmuri afirma de manera tajante que las obras de carácter general están pasadas de moda y que más bien corresponde elaborar trabajos colectivos con diferentes especialistas.

Creemos que tiene y no tiene razón. Es cierto que cada tema específico, como puede ser el aspecto demográfico, el arte musical o la influencia de las depresiones económicas, adquieren mayor profundidad en mano de especialistas; pero a la vez se pierde algo de la unidad total y de la interpretación global, que por último es lo que realmente interesa. La historia es, a fin de cuentas, historia general.

Los especialistas conocen en profundidad sus temas, saben cada vez más y más acerca de menos y menos y pierden capacidad para enlazarse con otros temas y ver la tendencia general. Por esa razón es necesario el estudioso que abarca distintas materias, las entreteje y las enfoca de manera personal, creando un cuadro coherente y comprensible. Puede ser que en cada materia específica adolezca de alguna deficiencia, pero se gana enormemente en la visión de conjunto –podrá analizar la pintura del Greco en relación con la posición de

Felipe II frente a Isabel de Inglaterra, la supremacía económica de los países protestantes, la caída del tesoro americano, la lucha por la supremacía naval y el ascenso de Pieter Brueghel.

El historiador general es un “especialista” necesario.

Refiriéndose a *Portales. Una falsificación histórica*, las apreciaciones del profesor Gazmuri son de mucha ligereza. No comprendió el sentido real de la obra y en pocas palabras despachó temas sustanciales. Para comenzar, comenta que “exagera un poco y le atribuye defectos que eran menores o no existieron”; si con ello se refiere a episodios de la niñez y luego su crueldad con las mujeres, quiere decir que no ha comprendido la inclusión de esos temas. El propósito al describirlos fue comprender la crueldad del personaje y sus desequilibrios psicológicos, que ayudan a comprender sus reacciones como gobernante. No hubo un deseo denigrativo.

Durante su vida, Portales pasó alternativamente por períodos de euforia y dinamismo y de depresión y abulia, en lo que suele llamarse tipología ciclotímica. Basta observar sus actuaciones gubernativas y leer sus cartas para captar el fenómeno y de ese modo se comprenden las irregularidades de su política. Agreguemos que la vehemencia era incontestable, con rasgos de crueldad cercanas a lo patológico.

Todos esos hechos están descritos en nuestro libro y debidamente documentados en fuentes amplias y de valor indiscutible. Por eso llama la atención que Gazmuri o sus colaboradores no hayan reparado suficientemente en el planteamiento explicativo.

A nuestro juicio, los hechos son repetidos y no triviales: repetidos actos de crueldad y de desorden en la niñez; enamoramiento profundo en la juventud, dolor consiguiente por la muerte de su esposa, pronunciado misticismo y renuncia a la vida, para caer al año en el desenfreno sexual y la existencia desordenada; enamoramiento y trato vejatorio a Constanza Nordenflycht, llegando a decisiones desconsideradas y denigrantes; cariño y luego desprecio a una de sus pequeñas hijas; fusilamiento del capitán Paddock, que sufría de un desequilibrio mental; persecución intolerante a los derrotados en Lircay y a los integrantes de la división rendidos en Cuzcuz; obtención de la ley de facultades extraordinarias de 1836, que prácticamente dejó sin vigencia la Constitución de 1833 y permitió la creación de los consejos de guerra permanente, cuyo funcionamiento y atribuciones fueron una aberración jurídica; el “crimen” de Curicó, consecuencia de lo anterior y otros pormenores, como el trato dado a Ramón Freire, Benjamín Viel, José Rondizzoni, Jorge Beauchef, Guillermo de Vic Tupper, y Juan Gregorio las Heras, por el simple hecho de haber defendido el régimen constitucional. Todavía puede agregarse el desprecio más o menos oculto hacia el presidente José Joaquín Prieto, Bernardo O’Higgins, Andrés Bello y Mariano Egaña, el gran jurista de la época y su colaborador, a quien llega a calificar de “pobre diablo”.

La situación creada al país con todos esos hechos y especialmente las afrentas de que fueron objeto los próceres de la Independencia y otros oficiales fue la que condujo al levantamiento de Quillota y al fusilamiento del Ministro.

Gazmuri comenta que el libro sobre Portales es una dura crítica en lo personal, soslayando el problema político de fondo y el problema de la organización del Estado. Insisto que las referencias a la personalidad no son más que una forma para entender el manejo político.

En otras ocasiones, el profesor Gazmuri ha repetido la idea vetusta de haber sido el célebre Ministro el creador del Estado, en lo que hay una simplificación inaceptable. Debe aceptarse que el Estado existía desde la época colonial, a partir del momento en que Pedro de Valdivia colocó el palo de la justicia en medio de la Plaza de Armas de Santiago. Ese

fue el primer símbolo de la existencia de un orden jurídico y soberanía derivados de la instituciones monárquicas.

Es cierto que la Emancipación requirió de nuevas formas, que lentamente y en un proceso de adaptación fueron transformando al Estado de acuerdo con las nuevas concepciones libertarias. El mismo Portales se debatió en esas transformaciones, pero sin proponerse cambiar profundamente la institucionalidad. Edwards y sus seguidores aceptan la supervivencia del *ethos* colonial en don Diego y han afirmado que su desempeño fue nuevo de puro antiguo, porque gobernó de acuerdo con las viejas modalidades: respeto irrestricto al gobierno, existencia de una política que debía ser aceptada sin reticencias, el gobernante representa el bien de todos, no caben divisiones y debe ser apoyado por toda la gente de bien. En su epistolario, las expresiones son vehementes y añade que todos deben pensar como él. Ciertamente pensaba en mayores libertades para el futuro, pero esa etapa nunca llegó en sus ideas.

La creencia en el “Estado en forma” en la historiografía portaliana no deja de ser una entelequia, que pintada por Edwards ha impresionado a muchos estudiosos. Es el mito al que ni siquiera ha escapado Gazmuri, a pesar de ser un espíritu avezado e inteligente.

Para aclarar mejor las cosas, repitamos de acuerdo con nuestro libro, que Diego Portales Palazuelos simplemente gobernó a su amaño, sin atenerse más que a su propia voluntad y de acuerdo con las normativas que dictaba. Nunca se atuvo a la ley ni a la Constitución, esa “parvulita que había que violarla cuantas veces fuese necesario”.

El hecho fue tan claro que cuando el Ministro falleció, el gobierno relajó todas las medidas represivas: se derogó la ley de los consejos de guerra permanente, los perseguidos pudieron aflorar de nuevo a la vida política, reapareció la libertad de prensa y en un ambiente de tranquilidad y espíritu de conciliación se pudo elegir al sucesor de Prieto, el general Bulnes.

Se inició entonces la etapa realmente institucional, el respeto incondicional a la ley y los postulados constitucionales, como dejaron ver los gobiernos de Bulnes, Montt y Pérez y luego la continuación de las administraciones liberales. Entonces el país avanzó conforme a lo que podría designarse como el “Estado en forma”.

Es sumamente extraño que Gazmuri no captase la arquitectura mayor de *Portales. Una falsificación histórica* y haya reparado en asuntos menores. Lo importante es cómo se gobernó y cuando se creó la institucionalidad y el auténtico *ethos* republicano.

Una última digresión, Cristián Gazmuri afirma que el libro mereció muchas críticas de la historiografía conservadora, pero la verdad es que ello no pasó de ser en corrillos indignados y en algunos articulillos repetitivos y carentes de originalidad. No ha habido ninguna respuesta sólida.

Otros errores evidentes comete Gazmuri al referirse a la *Historia del pueblo chileno*. Señala que en ella aparece la influencia de la escuela de los *Anales*, lo que es efectivo, pero no percibió ni indicó que su tendencia es modificada para superar algunos de los rasgos más abruptos. El mejor ejemplo es el relativo al personaje en la historia, que si bien es reducido en su trascendencia, no desaparece del todo. Basta una ojeada para darse cuenta.

En dos partes de la “Introducción” nos hemos referido al tema. En la segunda, pág. 50, anotamos: “la historia de los grandes procesos no excluye la actuación de los personajes, aunque los reduce a su verdadera dimensión. Desde luego aceptamos la idea de Plejanov de que los actos del personaje se realizan en el corto plazo y que es allí donde tiene importancia

relativa. Pero el personaje llega a ser tal y tiene éxito en la medida en que actúa en el sentido de los grandes procesos”.

Agregamos, además, que “es indispensable calibrar adecuadamente el papel de cada personaje y de los tipos de personajes. La historiografía tradicional ha dado gran relieve a políticos, estadistas y héroes; se hace necesario conceder importancia a intelectuales, científicos, artistas, pioneros y empresario, que pesan tanto o más que ellos”.

A mayor abundamiento, en el “Prólogo” a la *Historia de los chilenos*, hicimos hincapié en que debe considerarse a “los pensadores notables y las grandes figuras morales, porque nadie podría desconocer la elevada tuición de Aristóteles, Jesucristo, Santo Tomás, Rousseau, Adam Smith, Marx y Mahatma Gandhi”.

Otro aspecto en que estamos lejos del estructuralismo, es en la concepción del tiempo histórico. A nuestro parecer, la larga duración, aunque existe y está presente en todo momento, no es la explicación del cambio histórico, sino que con su lenta evolución tiende a la inmovilidad y la permanencia de las estructuras. Hemos puesto el énfasis, en cambio, en la mediana duración, lapsos de cuarenta, setenta o cien años en que se operan las transformaciones y es posible captar el curso de la historia. Digamos, a manera de ejemplo, que en períodos de esa longitud se produjo la Revolución Industrial, existió el romanticismo o se produjo, en Chile, la aparición de la clase media o se manifestó el ciclo salitrero. Esos fueron cambios estructurales importantes, fueron lo que hemos llamado grandes procesos y que hemos procurado retratar en varias de nuestras investigaciones.

Hemos estado, pues, lejos de la escuela de los *Annales* en su período avanzado de deformaciones.

Aunque ya resulta muy largo este comentario, no puedo dejar pasar una apreciación absolutamente gratuita, a saber, que sigo “la tendencia de los grandes historiadores positivistas del siglo XIX”. Es cierto que admiro a Barros Arana y los Amunátegui, pero no precisamente por positivistas, sino por muchas otras cualidades de sus obras. Más aún, he criticado esa historiografía por ser positivista y he planteado repetidamente que la historia hay que interpretarla, que debe ser pensada desde conceptos abstractos o para llegar a ellos, aunque siempre está el pie forzoso de la objetividad, no obstante es difícil lograrla plenamente.

La mayoría de mis obras son interpretativas, desde aquella lejana *Tradicción y reforma en 1810*.

Ya no sé cómo escribir para ser entendido.

Una última observación. Se señala que he tenido diversas polémicas, un hecho muy cierto, y se menciona una tenida con Alfredo Jocelyn, lo que es erróneo. Dicho personaje en algunos escritos ha pretendido formar una diatriba, pero me he negado a descender al barro.

SERGIO VILLALOBOS R.
Universidad de Chile-Universidad Bernardo O’Higgins